

LA CARIDAD PERSONAL

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA CARIDAD PERSONAL

CONFERENCIA FAMILIAR



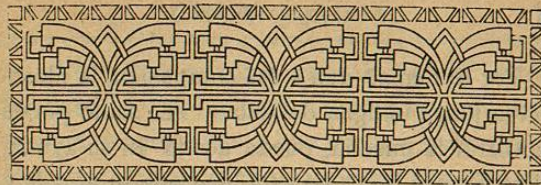
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 3. — BILBAO

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

SE ha dicho que la caridad había nacido con el cristianismo, y que antes de él, en el mundo antiguo, era desconocida. Esta proposición, como todas las proposiciones absolutas, ha encontrado tenaces contradictores, y acerca de ella se han librado grandes batallas, manejando las armas de la erudición y los textos.

Conviene ante todo entenderse.

Es incontestable que la vista de la miseria, cuando no es abyecta, despierta en el corazón humano un sentimiento espontáneo de compasión. Pero esa compasión no es la caridad. Apenas es el tronco silvestre en que la injertará Jesucristo.

Por lo demás, aun a esa compasión, la filosofía la juzga indigna del sabio: «El sabio puede socorrer la miseria, puede acudir en su ayuda, dice Séneca, pero no está bien que se apiade y compadezca de ella».

Non miserebitur sapiens, sed succurret, sed proderit.

Virgilio coloca en los infiernos a aquellos que han guardado para sí solos sus riquezas y no han dado parte a los demás.

...Qui divitiis soli incubuere repertis.

Nec partem posuere suis; quae maxima turba est.

Pero esos otros, para el poeta, no son más que los de la familia. No están comprendidos en ellos los extraños.

En cuanto a Platón, el miserable obligado a mendigar le parece una especie de animal a quien hay que arrojar fuera de la república: «Que los Agorónomos le echen de la plaza pública, los Astýnomos de la ciudad, los Agorónomos de todo el territorio, a fin de que el país quede completamente limpio de esa especie de animal».

Hay en Cicerón un bellissimo pasaje, donde se halla escrito el nombre mismo de la caridad con todas sus letras:

Nulla est charitas naturalis inter bonos?

«¿No habrá ninguna caridad natural entre los buenos?» se pregunta. Y responde de una manera generosísima y que excluye todo egoísmo. Pero de ese mismo pasaje tan hermoso resulta que la caridad de que habla no reina más que entre los amigos!...

Nadie, creo, me contradirá, si afirmo que la caridad, tal como nosotros la entendemos hoy día, ese amor a los prójimos, a todos los prójimos, aun a los enemigos, ese amor que se entrega y se olvida, ese amor que hace morir por demás, viene de Jesucristo, y sólo de Jesucristo!

Y después de todo, ¿qué importa inquirir de dónde viene? Mi objeto no es hacerlos ni una disertación histórica, ni un discurso apologético; mi objeto—mi sueño tal vez—sería ponerlos a todas y a todos a la obra, y sin cuidarme de la erudición, ni de la frase, hacer brotar de vuestros corazones con un empuje y llamarada más viva y ardorosa, la caridad que ya en ellos arde. Porque intento hablaros de la caridad personal; de la dádiva no de vuestro dinero, sino de vuestro corazón; del don de vuestros corazones y vuestras manos; del corazón que ama, de la mano que trabaja, que sostiene y que acaricia. Se está ahogando un hombre.

El primer impulso del corazón humano es

huir para no ver a aquel desgraciado luchar con la muerte.

Vosotros os detenéis y gritáis: «Veinte francos, cien francos al que le salve». Esto ya es algo. ¡Es el don del dinero!

Otro coge una cuerda o una faja y se las arroja al que se ahoga. Esto ya es mejor. Es el don de alguna cosa propia, el don de la obra y del trabajo.

Un tercero... ¡Ah! Señores, debíamos avergonzarnos, este es casi siempre un hombre del pueblo, un pobre... un tercero tira la boina, se quita la chaqueta, se descalza en un instante y se lanza al agua... Esto es el don completo de sí mismo... ¿Y qué más puede hacerse que dar su vida por sus hermanos?...

La frase es de Jesucristo.

En la rotura y derrumbamiento de un andamio dos obreros se habían agarrado a un travesaño metido en la pared... Allí estaban suspendidos en el aire, silenciosos, sin atreverse a mirar el abismo. ¡Ah, gran Dios! ¿y después? El uno de ellos hizo un esfuerzo... el travesaño dió un chasquido agudo quedando rajado... «¡No te muevas, gritó el otro, o somos perdidos; es demasiado débil para los dos!»

Y trascurrido un minuto que les pareció un siglo...—«¡Santiago, yo tengo hijos pequeños!»

—«¡Ah! ¡es justo!»... ¡Santiago encomendó a Dios su alma y cerrando los ojos, soltó las manos!...

Permitidme que os lea en toda su magnífica sencillez el pasaje del Evangelio en que Jesucristo da una lección práctica de caridad:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasóse de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, siguió adelante. Mas un pasajero de nación Samaritano, llegóse a donde estaba; y viéndole, movióse a compasión. Y arrimándose vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él en un todo. Al día siguiente sacó dos denarios de plata y dióselos al mesonero, diciéndole: Cuídame este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta.

»¿Quién de estos tres (pregunta Jesucristo al doctor de la ley con quien hablaba) te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que

usó con él de misericordia. — Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto».

Tened en cuenta que Jesús nos ofrece este apólogo como respuesta a la pregunta: «¿Qué es amar a su prójimo?»

Acordaos también que en el Evangelio la ley de la caridad tiene una fórmula, que yo podría llamar oficial, pues siempre es la misma en todos los evangelistas.

«Amad a vuestro prójimo como os amáis a vosotros mismos».

Y ahora ¡reflexionemos!

¿Qué es lo que hace el tipo, el modelo del verdadero caritativo?

¿Dar una limosna?... ¡No! pues los dos denarios entregados al mesonero no son una limosna. Son la remuneración de los servicios y cuidados que espera de él.

¿Qué es, pues, lo que da?

Da mucho más y mejor; da lo que yo he llamado la caridad personal, la caridad del corazón y la caridad de las manos.

Creo que en todo el Evangelio no hallaréis un solo pasaje, en que la caridad aparezca como la simple dádiva de un poco de dinero: la limosna. El cornadillo de la viuda es una ofrenda al templo, no una limosna al pobre.

Si por otra parte consideraréis la fórmula de

la ley, notaréis, que no dice: «Dad dinero» sino: «¡Amad!»

Cierto que de ahí se deriva, y por vía directa, el deber de la limosna; pero el fondo mismo de la ley y su verdadera forma es el amor!

¡Amad! ¡Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos!

¡Es preciso, pues, amar!... No basta la simple compasión; es necesario el amor, la dádiva del corazón, es decir, la donación de lo que hay de más exquisito en nosotros.

Y cuando se ha dado el corazón, Señores, ¡le sigue tan presto la mano, y tan presto se da uno mismo todo entero!

Esta caridad, la caridad personal, como la he llamado yo, es por consiguiente la verdadera caridad de Cristo. Puede subsistir y practicarse sin el oro, no puede sin el amor, porque ella es el amor!

Sería por otra parte sorprendente que el dar oro hubiera sido la ley de la caridad, porque la caridad se nos ha mandado e impuesto a todos, lo mismo al rico que al pobre... y ¿cómo hubiera podido el pobre dar oro?

Mas puede como el rico dar su corazón.

¡Ay! Señores, y le da con más largueza que el rico!

En una de mis últimas conferencias pronuncié aquí unas palabras que había encontrado en mis lecturas, una expresión soberbia, a la que aplaudieron instintivamente vuestros corazones; las palabras fueron estas: «el regio corazón de los pobres».

Sí, Señores, es un corazón regio el de los pobres, y nadie de cuantos en su vida han recibido de Dios la gracia de acercársele y sentirle palpar, se ha retirado de su presencia sin darse golpes de pecho y sin inclinarse ante él.

Habréis sin duda leído la última memoria escrita por el Director de la Academia francesa, Mr. Emilio Olivier, acerca de los premios de virtud; pues recordad cómo empieza:

«La más noble y la más segura de las ciencias, dice, es la bondad. Entre los favorecidos por los bienes de la fortuna hay quienes la conocen y la practican, y no son pocos.

»... Sin embargo, esta ciencia parece más bien el privilegio de una cierta pobreza... Cuando Ulises se presenta bajo el aspecto de un mendigo cargado de un saco roto, los poderosos le rechazan maltratándole; un pastor, el esclavo Eumeo es quien se apresura a ofrecerle los dones de la hospitalidad, un sitio junto a su hogar, una comida rústica, y en vasos groseros un vino

más dulce que la miel, porque, dice, el pobre que mendiga es el enviado de Júpiter.

»El pobre, y por esto particularmente admira su virtud, no se contenta con abrir su casucha y repartir sus harapos, sino que además se da a sí mismo».

Un día en la ciudad y en la calle misma en que yo habito, al pie de un puente que hay sobre el río, fué hallado dormido un niño pequeño, de algunos meses; sobre él habían echado para cubrirle y abrigarle un grueso mantón, y cerca de él se hallaban unas botinas, un delantal y un sombrero de mujer... Aquello era indicio de un misterioso drama; y los vecinos advertidos enseguida de lo que se había encontrado, no se engañaron en sus sospechas. Silenciosos pasaban sus miradas del niño que dormía tranquilo, al río, cuyas turbias aguas corrían indiferentes sin que ni un remolino descubriera que una infeliz se había precipitado en ellas.

¿Quién era ella?... Se hicieron investigaciones, y por el sombrero y las botinas se infirió que era joven... una pobre joven sin duda, loca por el abandono y la vergüenza.

¿Y el niño?... ¿Su nombre?... ¿Qué iba a ser de él?

Una pobre, pero valerosa mujer, madre a su vez de siete hijos, y que vivía de lo que le ga-

naba su marido, cochero de punto, había tomado en sus brazos al niño y le arrullaba, como saben hacerlo las madres.

Y a los vecinos les parecía hermoso el niño; y maldecían a la miserable que había tan cobardemente abandonado a aquel pobre ángel, porque... ¿quién se encargaría de él ahora? ¿Las oficinas de policía? ¿Un asilo de huérfanos?... ¿Un convento?... ¿Quién?...

De repente el niño se despertó, abrió sus grandes ojos, miró a la mujer y le sonrió... Lo que ella vió en aquellos ojos y en aquella sonrisa, os lo dirán las madres del pueblo... «¡Ah pobre!... ¡Ah pobre!» «¡Och arme! ¡Och arme!» exclamó suspirando, y abrazándole como una loca: «¡Cosa hecha! prosiguió. ¡Cosa hecha!... será mío». Y gozosa, como si hubiera sido su propio hijo, corrió a acostarle en la camita en que había dormido su último hijo.

Ahí tenéis otro hermoso ejemplo de entrega y don completo de sí mismo. Y advertid, Señores, que este hecho, este magnífico hecho de la adopción de un pobre niño por una pobre mujer, es tan normal entre las gentes del pueblo, que cuantos de vosotros frecuentan su trato podrían de seguro citar otros varios ejemplos que ellos conocen.

El primer rasgo generoso de adopción que

yo conservo en mis recuerdos, es el de un niño del pueblo, cuyo padre, madre, dos hermanas y un hermano habían muerto del cólera, y que, habiendo quedado solo en la calle, fué recogido por un viejo sargento, que servía en la compañía de mi padre... Y para criar aquel niño, el viejo soldado cargado de galones suprimió sus acostumbrados vasitos de vino y todo su tabaco, y os lo juro, jamás hijo alguno fué tan mimado por su madre como lo fué aquel pequeño por el viejo soldado.

¡Oh, sí, el corazón del pobre es un regio corazón!

¡Guárdeme Dios, sin embargo, de despreciar el vuestro!

Estoy persuadido que ante la misma miseria, el primer movimiento de vuestro corazón hubiera sido el de aquella mujer... ¿Qué es, pues, lo que le detiene?

Voy a tratar de decíroslo, estudiando con vosotros las causas generales que impiden a los ricos el practicar la caridad personal, que sin embargo, no me cansaré de repetirlo, es la verdadera caridad de Cristo.

La primera de estas causas, y una de las más principales, es que tenéis que salir de vuestro

mundo para llegar al mundo de los pobres, mientras el pobre no tiene que salir de su morada. Esto es verdad en todos los sentidos.

Hay en aquella casilla una pobre anciana, enferma, sola y sin socorro... La vecina ordena sus cosas, atiza el fuego, pone a cocer las patatas; después, mientras llega a hervir el agua, pasa a la habitación de la anciana, la arregla, la cuida, la hace la cama, y cuando vuelve á su aposento, apenas si empieza el agua a hervir.

Suponed que vosotros queréis hacer otro tanto... Para salir de vuestro chalet, por poco que sea, debéis peinaros y arreglaros y vestiros de traje de calle o de visita... para llegar necesitáis dar una larga carrera; de modo que en lo que la otra ha empleado diez minutos, empleáis vosotras medio día. ¿No es verdad? Pero cuánto más verdad es todavía en el sentido moral.

Ese desgraciado a quien queréis servir, tiene un lenguaje que no es el vuestro, modales que no son los vuestros, gustos, costumbres, hábitos que no son los vuestros... en vosotros no hay una mancha, él está sucio; vuestros salones están perfumados, su tugurio es infecto... Todo os choca, todo os repele, desde esas calles estrechas y sucias que habéis tenido que atravesar para llegar a su albergue, hasta ese albergue mismo, pequeño, bajo, encerrado, donde el aire

mismo parece que no entra sino a pesar suyo y por las hendiduras.

¡Oh! sí, eso es otro mundo! un mundo abyecto, que hace apartar la vista con horror y el estómago con asco!... Y descender tan abajo cuando se habita en tan alto, es duro, lo conozco, lo confieso, y es preciso heroísmo para ello. Por eso, no quiero disimularlo ni ocultarlo..., vengo a pedirlo heroísmo! ¿No os he pedido ya que améis? Pues bien, Señores, amar, cuando el amor no retorna con cierta dulzura secreta a embriagar al corazón que ama, amar es siempre un heroísmo! y así ciertamente es como lo entendía Jesucristo.

Por eso, Señores, si echáis fuera a Jesucristo, o simplemente prescindís algún tanto de él, ¿qué sucederá? Sucederá que el rico, que por una parte sentirá repugnancia a salir de su mundo para entrar en el mundo del pobre, y por otra sentirá en su alma que no puede, sin embargo, dejar abandonados de ese modo a los desheredados que sufren, buscará un intermediario entre él y el pobre... él hará la caridad del oro y el intermediario la caridad personal.

Mientras el intermediario tenga en sí mismo la caridad de Cristo, irá bien todo. He aquí, no obstante, lo que sucederá: el pobre conocerá al intermediario y no os conocerá a vosotros; le